

ROSARIO FERRÉ

EL SUEÑO DE RAMAYQUÍA

La trágica caída y aun más pavorosa muerte de Mohamad Almotámid Abenabad, último gran príncipe Abadí y poderoso Cadí de Sevilla, así como la de Abu Bakr Abenámár, su visir poeta, le fueron revelados a una mujer humilde en un sueño. En el pasado nuestro pueblo fue demasiado soñador y romántico: en lugar de ocuparse de la salvación del alma, vivía dedicado al alevoso quehacer de escribir versos. Todos los habitantes de Sevilla aspiraban entonces a ser poetas, y hasta sus mendigos más pobres vivían recitándose poemas unos a otros, mientras deambulaban perdidos por los caminos del reino. Alabado sea Alá, porque hoy ya nadie se atreve a escribirlos, y nuestro pueblo vive dedicado a las ablaciones sagradas y a la Guerra Santa. En honor a Ramayquía, la muletera anónima, repetiremos aquí este relato, recogido en las crónicas de Kitab Al Muchib, último gran historiador Abadí. A pesar de que fue una mujer pecadora, cómplice del placer y de la corrupción más vil, sus palabras estuvieron ocasionalmente inspiradas por un soplo divino, y sus versos fueron el instrumento misterioso de la justicia de Alá. Sirva ésta de ejemplo para las generaciones venideras, de que no existe sobre la tierra nieve ni lodo, sueño incandescente ni poema corrupto, que no acabe por glorificar su nombre.

Como todos los Abadíes, Mohamad Almotámid Abenabad, ilustre Rey de Sevilla, fue un Príncipe contradictorio. Su padre, Al Motámid, fue un hombre de gustos refinados, que amaba las palmeras de dátiles y los patios de naranjos y arrayanes con los cuales pobló a la rumorosa Sevilla, pero fue también un Príncipe implacable. En más de una ocasión despachó a sus enemigos más ilustres, ahogándolos en agua de rosas, o crucificándolos a las puertas de la ciudad, acompañados por sus perros. Abenabad heredó esta ambivalencia de sus antepasados, y tenía la sonrisa dividida en una hilera desigual, que reflejaba las vertientes conflictivas de su alma. Por un lado ésta era soñadora y halagüeña, ordenada en una ristra de marfiles dignos de una partida de ajedrez real, pero por otro era supernumeraria y violenta, capaz de la más sublime crueldad guerrera.

Mohamad Almotámid tenía un amigo, a quien amaba por sobre todas las cosas: Abenámár, el poeta melenudo de Siles, autor de versos encomiásticos por encargo. Al Motámid, padre de Abenabad, juzgó esta amistad de su hijo con un plebeyo como algo indecoroso, e hizo desterrar al poeta de Siles de la corte de Sevilla. Muerto el Cadí, sin embargo, el joven Cadí volvió a llamar a su lado a su humilde amigo, nombrándolo su visir y poeta oficial del reino. Amansado por la hermosura de Al Andalus y por el perfume de sus nardos, el feroz Abadí ansió descifrar el conocimiento que ocultaban los ancianos pergaminos de Oriente. Abenámár se convirtió en su maestro. “En la belleza y no en la fe de Mahoma”, le repetía éste con insidia, “se oculta el secreto de una vida espléndida y eterna.”

En realidad, la pasión que Abenabad sentía por su ministro no resultaba en absoluto sorprendente. Abenámár era tan hermoso que cualquier hombre o mujer se hubiese podido enamorar fácilmente de él. Tenía ojos aterciopelados de poeta, manos delicadas de músico, y la piel tersa y transparente como laca de guitarra, pero lo que más llamaba la atención en él era su hermosa cabellera roja, que llevaba siempre suelta sobre los hombros en señal de desafío. “El alba nos ha traído ya su blanco alcanfor”, le cantaba el Cadí a su amigo, “cuando la noche aparta de nosotros su negro ámbar.”

Abenabad soñaba con ser poeta, pero no un poeta cualquiera, versificador corriente de jarchas y muguasajas, sino un creador de auténticas realidades imaginarias, como lo era su amigo Abenámár. Se decía que el poeta de Siles podía recitar, verso a verso y estrofa a estrofa, un poema, hasta que sin proponérselo, sin ni siquiera pensar en ello, ante los ojos de los presentes aparecía, perfectamente palpable y verificable, la realidad concreta de ese poema. Abenabad jamás había observado a Abenámár llevar a cabo esta proeza, pero tanía una fe absoluta en su amigo. Un día le pidió que, en lugar de estudiar los escritos de otros poetas, le enseñara a escribir como él, y el visir estuvo de acuerdo, no sin antes advertirle que el poder de conjurar el amor, la felicidad o el hastío sólo podía lograrse tras largos y pacientísimos ejercicios, durante los cuales el Príncipe debería de renunciar terminantemente a su pasión por la guerra. Abenabad amaba más que nada en el mundo, después de escuchar a Abenámár recitar sus poemas, asolar los campamentos del Rey Alfonso, chacal cristiano, con el relámpago de su espada. Bajo la funesta influencia de su amigo, sin embargo, Abenabad se decidió a abandonar sus deberes de Príncipe Mahometano, y se dedicó a la poesía en cuerpo y alma. Su sueño era llegar a edificar sobre la tierra el Paraíso soñado por el Islam: pobló su corte de poetas y de músicos, y abandonó por completo la Guerra Santa. En adelante redactó en verso todas sus cartas de batalla, y se limitó a derrotar a los pedestres ejércitos y bárbaros obispos del infiel sobre taraceados campos de marfil y ónix.

Paseábanse un día ambos amigos por las afueras de la ciudad, disfrutando del frondoso paraje que crece a orillas del Guadalquivir, cuando una brisa onduló repentinamente las aceradas aguas del río. Abenabad improvisó allí mismo un verso, rogándole a Abenámár que improvisase otro:

La brisa convierte el río
en una cota de malla...

Pero como Abenámár no encontrase respuesta inmediata al Príncipe, una atrevida joven plebeya, que daba en aquel momento de beber agua a sus mulas, le respondió al instante:

mejor cota no se halla
cuando la congela el frío.

Ramayquía vivía a orillas del río y era una joven bien conocida por los súbditos del reino. Se ganaba la vida improvisando versos, para distraer a los transeúntes que venían desde lejos y se veían en la necesidad de cruzarlo. Desde su lugar estratégico en la orilla, la joven arreaba con diligencia una recua de mulas que, atada a una rústica balsa, remolcaba por medio de cuerdas a los cansados viajeros por sobre la superficie del agua. Durante aquellos momentos de inercia y tranquilidad, que los peregrinos aprovechaban para dejar en libertad mirada y pensamiento, Ramayquía solía recitarles estrofas juguetonas, en las que a menudo les vaticinaba un destino feliz o desgraciado.

La vida de la joven era dura, pero no por ello la consideraba menos privilegiada. Vivía a campo abierto y sin morada respetable, cobijando su cabeza bajo las húmedas grutas que bordeaban el río, y pensaba que aquella precariedad le confería el derecho a ser testigo imparcial de todas las locuras y ambiciones de los hombres, así como de contarles de cuando en cuando sus verdades. Como sus amigos, los poetas mendigos del reino, Ramayquía valoraba la libertad por sobre todos los bienes y comodidades del mundo, y se pasaba los días junto a ellos componiendo y recitando versos.

Al escuchar aquella tarde los versos de la joven, Abenabad se volvió al punto hacia ella, con la intención de descubrir quién era aquella mujer que podía improvisar con más prontitud que él el final de un poema, pero su amigo, tomándolo por los hombros, lo detuvo. —“Conozco bien a esta joven, le

dijo, famosa en tus tierras por la facilidad con que improvisa versos. Si la miras y le hablas, podrías enamorarte de ella, y eso no sería sabio, porque entorpecería tu aprendizaje. Mejor nos la llevamos a vivir a Palacio, donde deberá residir entre nosotros como una presencia velada, para que nos inspire a ambos.” Y, ordenándole a sus eunucos que la llevaran al Palacio, regresó con su amigo a la corte por otro camino. Algunas semanas después, sin embargo, Abenabad traicionó a Abenámar y se amancebó con Ramayquía, haciéndola su concubina. —“Me reservo el derecho a gozar de su cuerpo”, le advirtió entonces a su amigo con cariño, “pero te dejo en absoluta libertad para que disfrutes de su alma”. A Ramayquía, por otra parte, le dijo severamente: —“Te prometo que en adelante no habrá de faltarte nada, y que vivirás entre nosotros como una reina, pero con una sola condición: cuando estés en nuestra presencia deberás siempre de guardar absoluto silencio, si no quieres que peligre tu cabeza.”

Ramayquía despertó, bañada una vez más en sudor, porque había vuelto a tener el mismo sueño. Pasaba con una velocidad vertiginosa de lo blanco a lo negro, de lo nevado a lo lodoso, sin encontrar explicación alguna para ello. Ya no se encontraba en la calurosa Sevilla, botín codiciado por los cristianos, con sus mezquitas y bazares ruidosos y sus calles trezadas de incienso y olores fétidos, sino en un país deliciosamente fresco y pulcro alejado de toda amenaza de guerra. En ese país desconocido, que se había esfumado al despertar, los árboles, cubiertos de nieve, ardían contra el cielo despejado como un simétrico laberinto de llamas. Ramayquía se había visto una vez más expulsada de aquel paraíso al fi-



nal de su sueño. Despeñada por una pendiente de lodo, había caído una vez más en la negrura, en el infierno inconcebible por innombrable. Se despertó gritando, luchando con manos desesperadas por salir de aquel pantano que amenazaba asfixiarla.

Velada de la cabeza a los pies, como se veía obligada a andar desde su llegada a Palacio, Ramayquía tocó a la puerta del gabinete de Abenabad. Éste se encontraba, como siempre, enfrascado en la composición de un nuevo poema, en compañía de su visir poeta. Hincada frente a él, con el cabello aún húmedo por las emanaciones del terror, Ramayquía osó quebrar por primera vez su silencio, y le contó la primera parte de su sueño. —“Quisiera más que nada en el mundo que me devolvieras la libertad”, le dijo. “Como muletera anónima caminaré descalza hasta ese país, porque mi sueño ha despertado en mí una necesidad apremiante de conocer la nieve.”

Abenabad pensó que aquella era la oportunidad perfecta para demostrarle a Ramayquía el poder de conjurar la realidad que su maestro le había enseñado. —“Siento mucho no poder complacerte y dejar que te marches”, le dijo, “porque Abenámár y yo disfrutamos demasiado de tu compañía. Pero te prometo que esta misma noche escribiremos juntos para ti un poema que te hará conocer la nieve.” Aquella noche los amigos trabajaron hasta muy tarde, combinando y borrando metáforas. Como la fe de Abenabad en la palabra era todavía débil, y no quería decepcionar a su amada, a medianoche interrumpió su trabajo y, sin que el visir lo supiera, descendió al patio del alcázar. Cuando al amanecer Ramayquía despertó, no podía creer lo que veía: un intenso perfume a almendras lo inundaba todo, y los árboles del patio al que abrían sus habitaciones se encontraban enteramente cubiertos de nieve. Abenámár le leyó entonces en voz alta el poema, y éste quedó calzado, como una epigrafía perfecta, a la realidad que contemplaban. —“Desciende ahora a tu patio y juega con esa nieve: imítala en todos los versos que quieras”, le dijo. “Tu hermoso sueño bien merecía un poema.”

Ramayquía intentó aquella noche escribir un poema en el cual aquella nieve odiosa, completamente distinta a la que ella había soñado, desapareciera al instante, pero al verse tan desgraciada, prisionera dentro de los muros de Palacio, no logró componer una sola estrofa. A los pocos días se despertó otra vez gritando, enredada en la maleza de sus propios sueños. Esta vez fue la segunda parte la que se le hizo más presente. La pendiente de lodo por la que se veía descender era ahora el foso del alcázar del Cadí, al fondo del cual había visto a los guerreros Abadíes todos muertos. Ramayquía entró al gabinete de trabajo de Abenabad y, desde su ausencia velada, interrumpió por segunda vez su silencio. —“No sé lo que pueda significar mi sueño, Oh Gran Cadí”, afirmó con vehemencia, “pero te aconsejo que dejes por un tiempo de escribir poemas y te pertreches bien con tus soldados y castillos, porque si no los Abadíes pronto serán derrotados.”

Al pronunciar estas palabras, sin embargo, Ramayquía cometió un error imperdonable. Asomándose por sobre el abismo de su velo, osó mirar fijamente al hermoso Abenámár, como si fuese a él a quien dirigiese su súplica. En un tiempo, Abenámár había sido, como ella, un poeta trashumante e indigente, y se encontraba en Palacio tan prisionero como ella, porque Abenabad no resistía estar un solo momento separado de él. Ramayquía pensó que era posible hacerlo su amigo; quizá su cómplice: como poeta al fin, estaba acostumbrado a las visiones y sabía que las suyas podrían

también cumplirse, hacerse realidad trágica. Pero Abenámár no tuvo fe en su palabra. Se limitó a sonreírle y, en lugar de apoyarla en sus consejos ante el Cadí, guardó silencio.

Abenabad, por su parte, al escuchar el ruego de su concubina, se sintió carcomido por los celos: en su mente se encendieron mil sospechas, que parpadearon en las tinieblas de su sangre berberisca como nidos de fuego. Miró a Abenámár, que sostenía todavía obsequiosamente ante él la pluma y el tintero, y miró a Ramayquía, en cuyo tocador hasta entonces solo él había reinado y tocado, y los juzgó traidores, confabulados. —“Bien”, dijo con un suspiro, mientras disimulaba bajo su enjuta mejilla izquierda su terrible sonrisa guerrera, “esta misma noche Abenámár y yo escribiremos para ti un segundo poema. Te prometo que mañana sin falta perderás tu terror al lodo.”

Esa noche el Cadí trabajó nuevamente hasta muy tarde, combinando y borrando metáforas, y al amanecer bajó secretamente a los jardines de Palacio. Cuando regresó a su gabinete, Abenámár le había dado los toques finales al manuscrito, y lo había espolvoreado con ceniza hialina para que se consumiera la tinta. Entonces ambos amigos entraron juntos a la habitación de Ramayquía, y Abenabad le ordenó a Abenámár que leyera en voz alta el poema. Mientras lo leía, las celosías de las habitaciones de la joven se fueron abriendo sobre un espectáculo aterrador: un poderoso olor a azufre lo invadía todo, y el patio se encontraba enteramente inundado de lodo. De los esqueletos expirados de los árboles colgaban, como flores enormes, las cabezas decapitadas de todos los amigos de Ramayquía, los poetas mendigos del reino. La concubina tembló de pavor, pero con un temblor mudo, de esos que congelan el tuétano. Al melenudo Abenámár, sin embargo, nada lo amedrentaba. Lejos de reprocharle a Abenabad su crueldad, y sin preocuparse por consolar a Ramayquía, elevó con gesto altivo aquellos versos indignos hasta la altura del techo y enumeró, seguro de haberlas conjurado con sus palabras, aquella larga ristra de retribuciones sangrientas. Terminada la insólita lectura, Abenabad se dirigió una vez más a la joven. —“Desciende ahora a tu patio y juega con ese lodo; descríbelo en todos los versos que quieras”, le dijo en un tono helado. “Tu pesadilla bien merecía un segundo poema: los Abadíes desconocen la derrota.”

Abenabad desterró poco después de esto a Abenámár de la corte de Sevilla, y éste se refugió en su fortaleza de Siles, confiado de que en el Cadí triunfarían eventualmente los preceptos pacíficos que él le había enseñado. Temeroso de verse envuelto en una disputa de celos, juzgó aconsejable establecer, entre él y la pareja, una distancia prudente. Al principio Abenabad lloró desconsolado su ausencia, e intentó aliviar sus penas haciendo el amor a menudo con Ramayquía, pero esta diversión no lograba devolverle la serenidad perdida. A pesar de que el cuerpo de Ramayquía endurecido por el sol y el viento y de miembros parejamente delicados y fuertes, como correspondía a una joven que había vivido siempre vida independiente de mancebo, le recordaban el cuerpo exquisitamente moldeado de Abenámár, holgar con su concubina nunca le resultaba lo mismo. Al abrazar en el pasado el cuerpo de su visir, Abenabad había soñado que sostenía entre sus brazos una guitarra exquisitamente pulida y sensual, sobre cuyas cuerdas podía templar a satisfacción sus versos, mientras que Ramayquía permanecía siempre en ellos muda y fría, doblegada con precisión paciente a su placer, pero aterrada por la posibilidad de perder en cualquier momento la cabeza. En un principio el silencio de la

concubina, su escrupulosa obediencia a esa ley del silencio que él mismo le había impuesto, lo enardecía sobremanera, imaginándose la facilidad sorprendente con que ésta solía responder con sus rimas en el pasado a los poetas más expertos del reino, pero muy pronto su mansedumbre llegó a exasperarlo, e incluso a humillarlo. Abenabad cerraba entonces los ojos e intentaba enfurecerla, obligarla a reconocer que ya no le era necesario hablar, y mucho menos escribir versos, puesto que el único lenguaje que le era necesario pronunciar, a manera de deleitoso eco, era el que el sexo de su dueño reverberaba dentro de su propio sexo, pero por más que se esforzaba en ello, no lograba nunca alcanzar su propósito. Desnuda entre los incensarios que los eunucos del visir mecían a su alrededor, al extremo de largas leontinas de plata, Ramayquía se negaba siempre a responderle, accediendo con lejana indiferencia a sus requerimientos. A pesar de aquellas heladas acogidas, la hermosura de la concubina, gemela de la de su visir, y los recuerdos de la felicidad perdida que su cuerpo despertaba en él, hacían que el Cadí se consumiese en deseos hacia ella, y buscaba noche a noche consuelo en su compañía.

En una ocasión Abenabad se encerró en su gabinete, y comenzó a componer en voz alta un poema:

No halla el corazón consuelo
ni respiro mi desgracia...

Desde la habitación contigua, Ramayquía escuchó sus palabras, pronunciadas entre desgarradores sollozos y suspiros, y se compadeció por primera vez de él. Pensó que, dando fe de una amistad sincera, podría quizá consolarlo, a

la vez que lograr que reconociera la crueldad de ese decreto que la obligaba a ella a guardar silencio. Rápida como un celaje, se introdujo entonces en el gabinete del Cadí, y, antes de que éste pudiera terminar su poema, improvisó estos versos:

Estos son, ay mi censor
de amor señas declaradas:
sobre mi boca lacrada
sangra el nombre de Abenámar.

El Cadí, sin embargo, que se encontraba en aquel momento obsesionado por el recuerdo de su amigo, malinterpretó la intención de Ramayquía, y creyó que ésta había querido pérfidamente insinuarle que ella también estaba enamorada de su visir, a la vez que le demostraba que podía escribir versos con más facilidad que él. Desatándose entonces el cinturón enojado con el que se ajustaba el manto, dejó caer sobre ella una aterradora lluvia de golpes, acusándola de atreverse a amar al hermoso Abenámar. Aquella noche Ramayquía lloró hasta el amanecer, y al día siguiente juró vengarse, tanto del Cadí como de su visir.

Pasó el tiempo y una docena de lunas eclipsaron su rostro tras las agrestes almenas del alcázar sin que Abenámar, enterado de la pasión que en el Cadí se había despertado por su concubina, se atreviera a regresar a la corte. Lejos de la influencia de su amigo, Abenabad fue perdiendo poco a poco su fe en el poder mágico de la palabra, y se convenció de que éste lo había engañado. Por todas partes se decía que la culpa de que Sevilla se tambalease como una Sultana ebria bajo los renovados embates del Rey Alfonso la tenían los Príncipes



disolutos como él, que vivían dedicados a escribirles poemas a sus huríes, en lugar de librar contra el infiel nuevas batallas. Era por su causa que los habitantes del reino vivían todos con la cabeza trastocada, más preocupados por engarzar nuevas perlas a sus collares de versos, que en atizar las fogatas moribundas de sus campamentos.

Abenámár se sintió acosado por los remordimientos: temió que la posteridad le censurase el haber sido la causa de que Sevilla pereciese. Le escribió, para la época de la Luna de la Segunda Gumiada, la primera carta a Yusuf Abén Taxím, el piadoso, que píaaba por aquel entonces impaciente frente a las puertas de África. —“Como perros asolan las jaurías castellanas nuestras tierras, Oh Gran Príncipe, no quedándonos otro recurso que recurrir a Ti. En tus manos está nuestra salvación.” —“He descubierto que en el Alcorán ya todo estaba escrito”, le confesó en una segunda carta. “Intentar componer versos que compitan con su grandeza me resulta un quehacer herético y soberbio.” Complacido por aquella carta, Yusuf accedió a los deseos de Abenábád, y cruzó el tormentoso estrecho. Con la cabeza rapada y ungida en cenizas de penitente, el Cadí no se dolió cuando, poco después de la llegada de las huestes del Príncipe a su reino, criar gansos, poseer pergaminos en blanco o contemplar el temblor de las estrellas en la noche se convirtieron en actividades delictivas. Escribir una jarcha, una sola muguasaja constituyó, desde aquel momento, un crimen de Estado.

Horrorizado por las noticias que llegaban a Siles desde Sevilla, Abenámár no tardó en organizar su viaje de regreso a la corte. Sabía que se jugaba la vida, pero esta certidumbre le importó menos que el peligro que juzgaba corría el alma de su discípulo, quizá también la patria. Como los sabuesos del Cadí husmeaban su rastro, se disfrazó con su antigua túnica de pordiosero, y así logró acceso clandestino a Palacio. Una vez allí, se anunció públicamente como juglar, e invocó la antigua tradición Omeya del debate a coplas. Proclamarse de esta manera poeta frente a los cortesanos del reino equivalía en aquel momento a una segura sentencia de muerte, pero Abenámár sabía que Abenabad, desde su puntilloso orgullo Abadí, no se negaría a enfrentar el reto. Los ministros de Yusuf, que no compartían la confianza que su Príncipe había puesto en el Cadí, acogieron con buenos ojos el espectáculo, seguros de que en él Abenabad se comprometería. Se encontraban convencidos de que el Príncipe, a pesar de las recientes victorias que había alcanzado en el nombre sagrado de Alá, seguía siendo en su corazón un traidor y un poeta.

Envuelto en su túnica de oro, Abanabad entró a la sala de Audiencias, y se sentó sobre su almohadón de terciopelo rojo. Ramayquía, enteramente velada, permaneció en la habitación contigua, para que el Cadí olvidara los deleites perdidos del Paraíso y sólo pensara en la guerra. Abenámár se despojó entonces de su albornoz raído, y todos los presentes lo reconocieron como el antiguo visir, máximo poeta del reino. De pie sobre su desconchado escabel de juglar observó a los que lo rodeaban con el mismo inconmesurable desprecio con que el halcón observa a los roedores que devoran sus desperdicios al pie de la alcándara. No podía perdonarles el que le hubiesen jurado lealtad a Yusuf, el piadoso, salvador de nuestro pobre pueblo. Un silencio sepulcral reinó en la sala y Abenabad tembló, pero muy pronto recobró su temple. Apoyado el mentón sobre la media luna de su cimitarra, inclinó ligeramente la cabeza, y le dio la señal a su antiguo visir para que comenzara el debate.

Cruzando con paso firme de extremo a extremo la sala, y

latigueando sobre los hombros su melena incendiaria, Abenámár se dirigió entonces en voz sacrilega a los alfaquíes y ministros del reino. Les informó que, para que quedara allí mismo comprobado que el don creador del poeta era superior al don creador de Alá, construiría para ellos con palabras una rosa, que aparecería al punto en su mano. De no suceder así, de no ser su rosa una rosa roja, perfumada y perfecta, deberían de cortarle inmediatamente la cabeza. Abenámár recitó entonces el poema, y la rosa apareció al punto en su mano.

Cuadrándose ante él en pose marcial, Abenabad desenvainó su espada, y se la cruzó a la altura de la frente. —“En el pasado hemos sido a menudo la víctima de este ilusionista”, dijo, por sobre el murmullo escandalizado de los cortesanos. “En una ocasión me hizo creer que podría conjurar, para consentir un capricho de mi concubina, jardines de nieve y lodo, pero éstos no fueron sino jardines falsos. Fui yo quien, oculto bajo el manto cómplice de la noche, hice sembrar su patio de almendros florecidos y decapitar a todos los poetas-mendigos del reino, para complacerla. Que repita, por lo tanto, su truco, pero esta vez con un objeto de gran tamaño, que no pueda escamotear vilmente ante nosotros, ni ocultarlo en la bocamanga.” Y fijando con fiereza los ojos en los de su contrincante, recitó a su vez esos versos sagrados del Corán que afirman que todos los poetas del mundo mienten descaradamente.

Abenámár se convenció entonces de que sólo había una manera de lograr que Abenabad se traicionara, y esa era conjurando la presencia de lo que ambos íntimamente conocían, el Cadí con los ojos del cuerpo y él con los ojos del alma. Consideró, por un momento, conjurar la presencia del fuego, de un vendaval de hielo o de un mar violento, que introdujese sus látigos en la sala de Audiencias y sometiese allí mismo a sus aterrorizados enemigos, pero no lo hizo. No le interesaba salvarse él, sino devolverle a su amigo la fe perdida. Abriendo entonces los brazos como si abrazara el vacío, cerró los ojos y comenzó a enumerar, bajo los techos estucados de iconoclastas alveolos, los atributos de una mujer increíblemente hermosa, demorándose en sus rasgos más ocultos. Poro a poro, cabello a cabello, lunar a lunar, fue describiendo en voz alta su cuerpo con una familiaridad vergonzante, hasta que sus palabras resonaron por todos los salones del Palacio. Palpitaba ya la mujer entre sus brazos, desprovista de todo velo que impusiera una distancia prudente entre su desnudez y el mundo, cuando un grito terrible desgarró la sala. Abalanzándose enfurecido sobre él, Abenabad le arrebató entonces a Ramayquía de entre los brazos, o a la que solo ambos sabían que era Ramayquía, y le cercenó de un golpe a su antiguo visir la cabeza del tronco.

Al otro día de este aterrador suceso, los cadáveres decapitados de Abenabad y de Abenámár fueron expuestos conjuntamente a las puertas de la ciudad. Abenabad, que había ejecutado a Abenámár por osar abrazar a Ramayquía en los versos de su poema, había sido a su vez decapitado por los ministros de Yusuf, por creer en ese poema. Ramayquía, acusada de ser la concubina simultánea del Cadí y de su visir, recibió también aquella tarde su merecido castigo: fue obligada a descender, con las manos atadas a la espalda, por aquella misma pendiente de lodo con la que tantas veces había soñado. Perdida definitivamente la libertad, no pareció importarle la propia muerte. Espectáculo instructivo y aterrador fue aquél para nosotros, los antiguos súbditos de Mohamad Almotamid Abenabad, hoy fieles súbditos de Yusuf, el piadoso.